

## *Cuatro poemas*

### NYUREIEV

Coriolano mi perro leyó en el Times  
la muerte de Nyureiev. Como lleva tanto tiempo  
viviendo el bailarín con nosotros –un póster  
de su imagen encubre la astilladura  
de un cristal en la puerta del baño–  
Coriolano se echó a llorar desconsoladamente.  
Lloraba al estilo gentil de los perros bien educados:  
lloraba hacia dentro, sin lágrimas, sin suspiros.  
Para quietarlo el corazón acudí a llenar la casa  
de bailetos melódicos: El Lago de los Cisnes, El Espectro  
de la Rosa, la Valse de Ravel. Pero Coriolano  
seguía petrificado a la puerta del baño, mediante,  
tragándose el silencio su dolor sin gritos.

#### Rebusqué

hasta pescar en los viejos libros la Receta Universal  
de Tycho Brahe para curar penas del corazón y quebrantos del amor,  
receta que hallé por pura serendipity. ¡Remedio santo!,  
¡Mano de santo! Bálsamo de Fierabrás, parche de copal  
contra el dolor más fiero. Coriolano  
apartó al fin sus ojos del bailarín y de su danza;  
y pudimos esa mañana salir, como todas las mañanas, en busca  
del sol, de los niños felices, de la engañosa vida.

## CANTO DE CAROLYN

Me desperté domingo esta mañana aunque era jueves.  
Porque los jueves viene a visitarme  
la señorita Carolyn Plowright, de origen desconocido.  
Trae entre los brazos tulipanes blancos. Y la boca  
llena de canciones.

Nunca he sabido  
si viene de Madagascar o de la Isla de la Reunión.  
No me hace falta saberlo.

Muda de nacimiento,  
nos lo decimos todo con el idioma de la mirada. Los ojos  
hablan en añor, no en turkestaní, no en rumano, no en japonés.

Abro para ella  
una botella de champagne. Se moja apenas los labios. Le basta  
para embriagarse. cuando la dulce Carolyn Plowright  
se embriaga, baila una violenta danza. De su tierra  
posiblemente: no sé cuál es su tierra. No necesito  
saberlo. Mueve su gran abanico de plumas de garza escarlata,  
y la habitación se transforma en un suntuoso navío.

Viajamos sin movernos,  
ella y yo, Carolyn Plowright y su feliz esclavo. Viajamos  
hasta fuera del mundo. Constelaciones desconocidas  
nos rodean; paisajes coloreados, canto coral de insólitas aves,  
y extraños ángeles travestidos de mariposas ríen estruendosamente.

Cuando  
Carolyn Plowright cierra su abanico, descendemos.  
Consumido ya el jueves vestido de domingo, me echo a dormir.  
Duermo hasta el próximo jueves al amanecer, cuando  
me despertará domingo siendo jueves, porque ella, Carolyn  
Plowright, volverá a entrar por la ventana,  
con su fastuoso abanico de plumas de garza,  
y traerá los tulipanes blancos pegados a su pecho.

Traerá además las canciones,  
las nunca antes oídas canciones de su tierra.

LA LUCIERNAGA

Un haiku de Bashô el andarín canta:  
«Perseguida la luciérnaga / se esconde en la luna.»  
Cierto, le digo al poeta del laúd de nácar, desde niño  
descubrí, sujetando las alas de la esmeralda en vuelo,  
la que llamáis luciérnaga posada en la camelia, y nosotros  
llamamos cocuyo engarzado a la ceiba, y también falena,  
que existe un lazo de amor entre  
los fosforescente luna y el refulgente cocuyo.  
Conocí para no olvidarlo jamás ese lazo de amor  
entre el astro y el insecto, porque la luna  
me hablaba desde el cielo, y decía:  
«deja en paz la luciérnaga: me hace falta  
esta noche para alumbrar mi fiesta  
de todos los otoños».

Obedecía el niño  
como siempre a la luna. En la ventana principal  
del cielo aparecía feliz la tímida luciérnaga.  
Miraba sonriente al niño, y con suavidad  
movía sus alas. Quería enviar desde  
el reino esmeralda de sus ojos, un signo  
de gratitud, un himno de esperanza.

## EL RIO

*Para José Olivio Jiménez*

Viví sesenta años a la orilla de un río  
que sólo era visible para los nacidos allí.  
Las gentes que pasaban hacia la feria del oeste,  
nos miraban con asombro, porque no comprendían  
de dónde sacábamos la humedad de las ropas  
y aquellos peces de color de naranja,  
que de continuo extraíamos del agua invisible para ellos.

Un día alguien se hundió en el río, y no reapareció.  
Los transeúntes, interrumpiendo su viaje hacia la feria,  
preguntaban por dónde se había ido, cuándo volvería,  
qué misterio era aquel de los peces color de fuego amarillo.  
Los nacidos allí guardábamos silencio. Sonreíamos tenuemente,  
pero ni una palabra se nos escapaba, ni un signo dábamos  
en prenda, porque el silencio es el lenguaje de nuestra tribu,  
y no queríamos perder el río invisible, a cuya orilla,  
éramos dueños del mundo y maestros del misterio.

GASTÓN BAQUERO